George Orwell

Rebelión en la granja

EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado
de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés
(Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo,
Espiritualidad, Tradición…) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Narrativa
Rebelión en la granja
George Orwell

1.ª edición: julio de 2025

Título original: *Animal Farm*

Traducción: *Juli Peradejordi*
Corrección: *M.ª Jesús Rodríguez*
Diseño de cubierta: *Carlos Pan*

© 2025, Ediciones Obelisco, S. L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 253
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-300-8
DL B 11048-2025

Impreso por CPI Black Print - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño
de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna
por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación
o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

I 7
II 19
III 31
IV 41
V 51
VI 67
VII 81
VIII 99
IX 119
X 135

Epílogo 151

I

El señor Jones, de la Granja Manor, había cerrado los gallineros por la noche, pero estaba tan borracho que se olvidó de cerrar las trampillas. Con el aro de luz de su linterna bailando de un lado a otro, cruzó el patio tambaleándose, se quitó las botas en la puerta trasera, se sirvió un último vaso de cerveza del barril en la cocina y se dirigió a la cama, donde la señora Jones ya roncaba.

Tan pronto como la luz del dormitorio se apagó, hubo un alboroto y un aleteo en todos los edificios de la granja. Durante el día, se había corrido la voz de que el viejo Major, el cerdo premiado de raza Middle White, había tenido un extraño sueño la noche anterior y deseaba comunicárselo a los demás animales. Acordaron que todos se reunirían en el granero en cuanto el señor

Jones se retirara. Al viejo Major (siempre lo llamaban así, aunque el nombre con el que había sido exhibido era Willingdon Beauty) se le respetaba tanto en la granja que todos estaban dispuestos a perder una hora de sueño para escuchar lo que tenía que decir.

En un extremo del granero, en una especie de plataforma elevada, Major ya estaba acomodado en su cama de paja, bajo una linterna que colgaba de una viga. Tenía doce años y últimamente se había puesto bastante gordo, pero aún era un cerdo de aspecto majestuoso, con una apariencia sabia y benevolente a pesar de que sus colmillos nunca habían sido cortados.

No pasó mucho tiempo antes de que los otros animales comenzaran a llegar y a ponerse cómodos, cada uno a su manera. Primero llegaron los tres perros, Bluebell, Jessie y Pincher, y luego los cerdos, que se acomodaron en la paja justo frente a la plataforma. Las gallinas se posaron en los alféizares de las ventanas, las palomas aletearon hasta las vigas, las ovejas y las vacas se tumbaron detrás de los cerdos y empezaron a rumiar.

Los dos caballos de tiro, Boxer y Clover, entraron juntos, caminando muy despacio y apoyando sus enormes cascos peludos con gran cuidado, no fuera a ser que hubiera algún animal pequeño oculto en la paja. Clover era una yegua robusta y maternal que se acercaba a la mediana edad, y que nunca había recuperado del todo su figura después de su cuarto potrillo. Boxer era

una bestia enorme, de casi dieciocho palmos de alto y tan fuerte como dos caballos normales juntos. Benjamin era el animal más viejo de la granja y el de peor temperamento. Rara vez hablaba y, cuando lo hacía, solía ser para hacer algún comentario cínico; por ejemplo, decía que Dios le había dado una cola para espantar las moscas, pero que hubiera preferido no tener ni cola ni moscas. Único entre los animales de la granja, nunca reía. Si le preguntaban por qué, respondía que no veía nada de qué reírse. Sin embargo, sin admitirlo abiertamente, sentía un profundo afecto por Boxer; los dos solían pasar los domingos juntos en el pequeño prado que se extendía más allá del huerto, pastando juntos sin hablar nunca.

Ambos caballos acababan de tumbarse cuando una nidada de patitos, que habían perdido a su madre, entró en fila en el granero, piando débilmente y vagando de un lado a otro en busca de un lugar donde no los pisaran. Clover hizo una especie de muro alrededor de ellos con su gran pata delantera, y los patitos se acurrucaron dentro de él y se quedaron dormidos al instante.

En el último momento, Mollie, la bonita y tonta yegua blanca que tiraba del carro del señor Jones, entró coquetamente, masticando un terrón de azúcar. Se colocó en el medio y empezó a sacudir su melena blanca, con la esperanza de llamar la atención sobre los lazos rojos con los que estaba trenzada.

Por último, llegó la gata, que, como de costumbre, buscó el lugar más cálido y finalmente se acomodó entre Boxer y Clover; allí ronroneó contenta durante todo el discurso de Major sin escuchar ni una palabra de lo que decía.

Ahora estaban presentes todos los animales excepto Moisés, el cuervo domesticado, que dormía en un perchero detrás de la puerta trasera. Cuando Major vio que todos se habían acomodado y esperaban atentamente, aclaró su garganta y comenzó:

—Compañeros, ya habéis oído hablar del extraño sueño que tuve anoche. Pero me referiré a él más adelante. Primero tengo algo más que decir. No creo, compañeros, que vaya a estar con vosotros muchos meses más y, antes de morir, siento que es mi deber transmitiros la sabiduría que he adquirido. He tenido una vida larga, mucho tiempo para pensar mientras yacía solo en mi establo, y creo que puedo decir que entiendo la naturaleza de la vida en esta Tierra tan bien como cualquier animal viviente. Es de esto de lo que quiero hablaros.

»Ahora, compañeros, ¿cuál es la naturaleza de esta vida nuestra? Enfrentémonos a la realidad: nuestras vidas son miserables, laboriosas y cortas. Nacemos, se nos da justo la cantidad de comida necesaria para mantenernos con vida, y a aquellos de nosotros que somos capaces de hacerlo, nos obligan a trabajar hasta el últi-

mo átomo de nuestras fuerzas; y en el mismo instante en que nuestra utilidad llega a su fin, nos sacrifican con una crueldad atroz. Ningún animal en Inglaterra conoce el significado de la felicidad o el ocio después de cumplir un año. Ningún animal en Inglaterra es libre. La vida de un animal es miseria y esclavitud: ésa es la pura verdad.

»Pero ¿esto, simplemente, forma parte del orden natural? ¿Acaso esta tierra nuestra es tan pobre que no puede ofrecer una vida decente a quienes la habitan? No, compañeros, ¡mil veces no! La tierra de Inglaterra es fértil, su clima es bueno, es capaz de proporcionar alimento en abundancia para un número muchísimo mayor de animales del que la habita actualmente. Esta sola granja podría sostener a una docena de caballos, veinte vacas, cientos de ovejas, y todos ellos viviendo con un confort y una dignidad que ahora casi no podemos ni imaginar. ¿Por qué, entonces, seguimos en esta miserable condición? Porque la casi totalidad de los productos de nuestro trabajo la roban los seres humanos. Ahí, compañeros, está la respuesta a todos nuestros problemas. Se resume en una sola palabra: el Hombre. El Hombre es el único enemigo real que tenemos. Eliminemos al Hombre de la escena, y la causa raíz del hambre y el exceso de trabajo se abolirán para siempre.

»El Hombre es la única criatura que consume sin producir. No da leche, no pone huevos, es demasiado

débil para tirar del arado, no corre lo suficientemente rápido como para atrapar conejos. Sin embargo, es el señor de todos los animales. Los pone a trabajar, les devuelve lo mínimo indispensable para evitar que mueran de hambre, y el resto se lo queda para sí mismo. Nuestro trabajo labra la tierra, nuestro estiércol la fertiliza y, sin embargo, no hay uno solo de nosotros que posea otra cosa que no sea su piel desnuda. Vosotras, las vacas, que estáis delante de mí, ¿cuántos miles de litros de leche habéis producido durante este último año? ¿Y qué ha pasado con esa leche que debería haber criado terneros robustos?

»Cada gota ha ido a parar a las gargantas de nuestros enemigos. Y, vosotras, las gallinas, ¿cuántos huevos habéis puesto este último año, y cuántos de ellos se convirtieron en pollitos? El resto se ha ido todo al mercado para proporcionar dinero a Jones y sus hombres. Y tú, Clover, ¿dónde están esos cuatro potros que diste a luz, que deberían haber sido el apoyo y el placer de tu vejez? Los vendieron al cumplir un año; nunca los volverás a ver. A cambio de tus cuatro partos y de todo tu trabajo en los campos, ¿qué has recibido excepto las raciones justas y un establo?

»E incluso no se nos permite que las miserables vidas que llevamos alcancen su curso natural. Yo, por mi parte, no me quejo, porque soy uno de los afortunados. He vivido doce años y he tenido más de cuatrocientos hi-

jos. Tal es la vida natural de un cerdo, pero ningún animal escapa al cuchillo cruel al final. Vosotros, los jóvenes cerdos que estáis sentados frente a mí, todos gritaréis vuestra vida en el matadero dentro de un año. A ese horror todos llegaremos: vacas, cerdos, gallinas, ovejas, todos. Incluso los caballos y los perros no tienen un destino mejor. Tú, Boxer, el mismo día en que tus grandes músculos pierdan su poder, Jones te venderá al desollador, quien te cortará la garganta y te convertirá en alimento para los perros de caza. En cuanto a los perros, cuando envejecen y se quedan sin dientes, Jones les ata un ladrillo al cuello y los ahoga en el estanque más cercano.

»¿No está entonces lo suficientemente claro, compañeros, que todos los males de nuestra vida surgen de la tiranía de los seres humanos? Sólo debemos deshacernos del Hombre, y el fruto de nuestro trabajo será nuestro. Casi de la noche a la mañana podríamos ser ricos y libres. ¿Qué debemos hacer entonces? Trabajar día y noche, cuerpo y alma, por el derrocamiento de la raza humana.

»Ése es mi mensaje, compañeros: ¡Rebelión! No sé cuándo llegará esa Rebelión, podría ser en una semana o en cien años, pero sé, con la misma certeza con la que veo esta paja bajo mis pies, que tarde o temprano se hará justicia. Fijad los ojos en eso, compañeros, durante el corto tiempo que le queda a vuestras vidas. Y

sobre todo, transmitid mi mensaje a los que vengan después de vosotros, para que las futuras generaciones continúen la lucha hasta que sea victoriosa.

»Y recordad, compañeros, la resolución nunca debe flaquear. Ningún argumento debe desviaros. No escuchéis cuando os digan que el Hombre y los animales tienen un interés común, que la prosperidad de uno es la prosperidad del otro. Todo eso es mentira. El Hombre no sirve a los intereses de ninguna criatura excepto a sí mismo. Y entre nosotros, los animales, debe haber perfecta unidad, perfecta camaradería en la lucha. Todos los hombres son enemigos. Todos los animales son compañeros.

En ese momento se produjo un gran alboroto. Mientras Major hablaba, cuatro ratas grandes habían salido de sus agujeros y estaban sentadas sobre sus cuartos traseros, escuchándolo. Los perros las vieron de repente, y sólo con una rápida carrera hacia sus agujeros las ratas salvaron sus vidas. Major levantó su pezuña para pedir silencio.

—Compañeros –dijo–, aquí hay un asunto que debe resolverse. Las criaturas salvajes, como las ratas y los conejos, ¿son nuestros amigos o nuestros enemigos? Sometámoslo a votación. Propongo hacer esta pregunta a la asamblea: ¿Las ratas son compañeras?

La votación se llevó a cabo de inmediato, y se acordó por abrumadora mayoría que las ratas eran compañe-

ras. Sólo hubo cuatro disidentes: los tres perros y la gata, quien, como se descubrió después, había votado en ambos bandos. Major continuó:

—No tengo mucho más que decir. Simplemente repito: recordad siempre vuestro deber de enemistad hacia el Hombre y todas sus costumbres. Todo lo que camine sobre dos patas es un enemigo. Todo lo que camine sobre cuatro patas o tenga alas es un amigo. Y recordad también que, al luchar contra el Hombre, no debemos llegar a parecernos a él. Incluso, cuando lo hayáis vencido, no adoptéis sus vicios. Ningún animal debe vivir jamás en una casa, ni dormir en una cama, ni usar ropa, ni beber alcohol, ni fumar tabaco, ni tocar dinero, ni participar en el comercio. Todos los hábitos del Hombre son malignos. Y, sobre todo, ningún animal debe tiranizar jamás a los de su propia especie. Débil o fuerte, inteligente o simple, todos somos hermanos. Ningún animal debe matar nunca a otro animal. Todos los animales son iguales.

»Y ahora, compañeros, os hablaré sobre mi sueño de anoche. No puedo describiros ese sueño. Fue un sueño de la Tierra tal como será cuando el Hombre haya desaparecido. Pero me recordó algo que hacía mucho tiempo que había olvidado. Hace muchos años, cuando era un cerdito, mi madre y las otras cerdas solían cantar una vieja canción de la que sólo conocían la melodía y las tres primeras palabras. Yo sabía esa melodía

en mi infancia, pero hacía mucho que se había desvanecido de mi mente. Sin embargo, anoche volvió a mí en mi sueño.

»Y lo que es más importante, las palabras de la canción también regresaron, palabras, estoy seguro, que fueron cantadas por los animales de antaño y que se habían perdido en la memoria durante generaciones. Os cantaré esa canción ahora, compañeros. Soy viejo y mi voz es ronca, pero, cuando os haya enseñado la melodía, vosotros la podréis cantar mejor. Se llama *Bestias de Inglaterra*.

El viejo Major se aclaró la garganta y comenzó a cantar. Tal como había dicho, su voz era ronca, pero cantaba lo suficientemente bien, y aquélla era una melodía conmovedora, algo entre *Clementine* y *La Cucaracha*. La letra decía:

Bestias de Inglaterra, bestias de Irlanda,
bestias de toda tierra y clima,
escuchad mis alegres noticias
del dorado tiempo futuro.

Pronto o tarde llegará el día,
el tirano Hombre será derrocado,
y los fértiles campos de Inglaterra
serán pisados sólo por bestias.

Los aros desaparecerán de nuestras narices,
y los arneses de nuestras espaldas,
el bocado y la espuela se oxidarán para siempre,
y los crueles látigos ya no restallarán.

Riquezas más allá de lo que la mente puede imaginar,
trigo y cebada, avena y heno,
trébol, frijoles y remolachas
serán nuestros en ese día.

Brillarán los campos de Inglaterra,
más puras serán sus aguas,
más dulces soplarán sus brisas
en el día que nos libere.

Por ese día todos debemos trabajar,
aunque muramos antes de verlo;
vacas y caballos, gansos y pavos,
todos debemos luchar por la libertad.

Bestias de Inglaterra, bestias de Irlanda,
bestias de toda tierra y clima,
escuchad bien y difundid mis noticias
del dorado tiempo futuro.

Esta canción lanzó a los animales a la mayor de las excitaciones. Casi antes de que Major llegara al final, ya la

estaban cantando. Incluso los más tontos ya habían aprendido la melodía y algunas de las palabras y, en cuanto a los más inteligentes, como los cerdos y los perros, se la supieron de memoria en pocos minutos. Y entonces, después de algunos intentos preliminares, toda la granja estalló con la canción *Bestias de Inglaterra* en una tremenda unión. Las vacas la mugieron, los perros la ladraron, las ovejas la balaron, los caballos la relincharon, los patos la graznaron. Estaban tan encantados con la canción que la cantaron completa cinco veces seguidas, y podrían haber seguido cantándola toda la noche si no los hubieran interrumpido. Desafortunadamente, el alboroto despertó al señor Jones, quien saltó de la cama, convencido de que había un zorro en el patio. Agarró la escopeta que siempre tenía en un rincón del dormitorio y disparó una carga de perdigones a la oscuridad. Los perdigones se incrustaron en la pared del granero y la reunión se disolvió apresuradamente. Todos corrieron a sus lugares de descanso. Los pájaros saltaron a sus perchas, los animales se acomodaron en la paja y, en un instante, toda la granja estuvo dormida.

II

Tres noches después, el viejo Major murió plácidamente mientras dormía. Su cuerpo fue enterrado al pie del huerto.

Esto ocurrió a principios de marzo. Durante los tres meses siguientes hubo mucha actividad secreta. El discurso de Major había dado a los animales más inteligentes de la granja una perspectiva completamente nueva de la vida. No sabían cuándo ocurriría la Rebelión predicha por Major, no tenían razones para pensar que sucedería durante sus vidas, pero veían claramente que su deber era prepararse para ella.

El trabajo de enseñar y organizar a los demás recayó naturalmente en los cerdos, que solían ser reconocidos como los más inteligentes de los animales. Entre los

cerdos destacaban dos jóvenes verracos llamados Snowball y Napoleón, a quienes el Sr. Jones criaba para la venta. Napoleón era un gran verraco de Berkshire, el único en toda la granja procedente de dicho condado, de aspecto bastante feroz, no muy hablador, pero con la reputación de que siempre se salía con la suya.

Snowball era un cerdo más vivaz que Napoleón, más rápido en el habla y más inventivo, pero no se le consideraba con la misma profundidad de carácter. Todos los demás cerdos machos en la granja eran lechones. El más conocido entre ellos era un pequeño cerdo gordo llamado Squealer, con mejillas muy redondas, ojos centelleantes, movimientos ágiles y una voz aguda.

Era un hablador brillante y, cuando discutía algún punto difícil, tenía la costumbre de saltar de un lado a otro y mover la cola de una manera que resultaba muy persuasiva. Los demás decían de Squealer que podía convertir lo negro en blanco.

Estos tres habían elaborado las enseñanzas del viejo Major en un sistema completo de pensamiento, al que dieron el nombre de Animalismo. Varias noches a la semana, después de que el Sr. Jones se durmiera, realizaban reuniones secretas en el granero y exponían los principios del Animalismo a los demás. Al principio, se encontraron con mucha estupidez y apatía. Algunos animales hablaban del deber de lealtad hacia el Sr. Jones, a quien se referían como «Amo», o hacían comentarios

elementales como: «El Sr. Jones nos alimenta. Si se fuera, moriríamos de hambre». Otros hacían preguntas como: «¿Por qué deberíamos preocuparnos por lo que pase después de que estemos muertos?» o «Si de todas formas esta Rebelión va a suceder, ¿qué diferencia supone el hecho de trabajar en favor de ella o no?». Los cerdos tuvieron muchas dificultades para hacerles ver que esto era contrario al espíritu del Animalismo.

Las preguntas más tontas de todas las hacía Mollie, la yegua blanca. La primera pregunta que le planteó a Snowball fue:

—¿Habrá azúcar después de la Rebelión?

—No –dijo Snowball con firmeza–. No tenemos medios para producir azúcar en esta granja. Además, no necesitas azúcar. Tendrás toda la avena y el heno que desees.

—¿Y podré seguir usando cintas en mi crin? –preguntó Mollie.

—Camarada –dijo Snowball–, esas cintas a las que estás tan apegada son el símbolo de la esclavitud. ¿No puedes entender que la libertad vale más que las cintas?

Mollie estuvo de acuerdo, pero no sonaba muy convencida.

Los cerdos tuvieron una lucha aún más difícil para contrarrestar las mentiras propagadas por Moisés, el cuervo domesticado. Moisés, la mascota especial del Sr. Jones, era un espía y un chismoso, pero también

era un hábil conversador. Afirmaba conocer la existencia de un país misterioso llamado Montaña de Caramelo, al que iban todos los animales cuando morían. Estaba situado en algún lugar del cielo, un poco más allá de las nubes, decía Moisés.

En la Montaña de Caramelo era domingo siete días a la semana, el trébol estaba en temporada todo el año y el azúcar en terrones y los pasteles de linaza crecían en los setos. Los animales odiaban a Moisés porque contaba historias y no trabajaba, pero algunos de ellos creían en la Montaña de Caramelo, y los cerdos tenían que esforzarse mucho para convencerlos de que tal lugar no existía.

Sus discípulos más fieles eran los dos caballos de tiro, Boxer y Clover. Estos dos tenían mucha dificultad para pensar por sí mismos, pero, una vez que aceptaron a los cerdos como sus maestros, absorbieron todo lo que se les decía y lo transmitían a los demás animales con argumentos sencillos. No faltaban nunca a las reuniones secretas en el granero y lideraban el canto de *Bestias de Inglaterra*, con el que siempre terminaban las reuniones.

Pero la Rebelión se logró mucho antes y con más facilidad de lo que nadie había esperado. En años anteriores, aunque el Sr. Jones era un amo duro, había sido un agricultor competente, pero últimamente había caído en desgracia. Se había desanimado mucho después de

perder dinero en un pleito y había comenzado a beber más de lo que le convenía. Durante días enteros se tumbaba en su sillón Windsor en la cocina, leyendo los periódicos, bebiendo y, de vez en cuando, alimentando a Moisés con cortezas de pan empapadas en cerveza.

Sus hombres eran perezosos y deshonestos, los campos estaban llenos de maleza, los edificios necesitaban reparaciones, los setos estaban descuidados y los animales, mal alimentados.

Llegó junio y el heno estaba casi listo para ser cortado. En la víspera del solsticio de verano, que era un sábado, el Sr. Jones fue a Willingdon y se emborrachó tanto en el Red Lion que no regresó hasta el mediodía del domingo.

Los hombres habían ordeñado las vacas temprano y luego se habían ido a cazar conejos, sin preocuparse de alimentar a los animales. Cuando el Sr. Jones regresó, se fue directamente a dormir al sofá de la sala con el *News of the World* sobre la cara, de modo que, cuando llegó la noche, los animales seguían sin comer.

Finalmente, no pudieron soportarlo más. Una de las vacas rompió la puerta del almacén con su cuerno y todos los animales comenzaron a servirse del grano. Fue en ese momento cuando el Sr. Jones se despertó. Al instante, él y sus cuatro hombres estaban en el almacén con látigos en las manos, azotando en todas las direcciones.